

Calpulalpan, el triunfo de la Reforma

NORBERTO LÓPEZ PONCE

LA GUERRA DE REFORMA O DE RESTAURACIÓN DE GARANTÍAS

Luego de dos años de encarnizada guerra civil, las posiciones geopolíticas de conservadores y liberales en el país se habían entablado. Los dos gobiernos nacionales, uno emanado del Plan de Ayutla e institucionalizado por la Constitución de 1857, era encabezado por Benito Juárez, quien había instalado la sede del gobierno en el puerto de Veracruz; el otro, surgido del Plan de Tacubaya y contra la Carta Magna de 1857, despachaba en el Palacio Nacional, en la Ciudad de México, y era dirigido por el general Miguel Miramón. Uno y otro decían ser legítimos. Tanto el gobierno liberal como el conservador surgieron del cuartelazo, del mismo modo que los gobiernos predecesores también emanaron de las botas y las bayonetas.

La guerra, llamada por los liberales “de Reforma” y titulada por los conservadores de “Restauración de las Garantías”, llegó en los primeros días de 1860 a una fase decisiva. Durante 1859, los liberales delinearon mejor su proyecto de nación. A las garantías individuales establecidas en la Constitución del 57 agregaron la separación definitiva del Estado y la Iglesia, así como la preeminencia de la sociedad política. Los conservadores, por su parte, dejaron en el aire la propuesta de formar una Constitución conforme a la “voluntad nacional y verdaderos intereses de los pueblos”. El Congreso extraordinario no se había reunido y, en consecuencia, se regresó al orden legal de la Constitución de 1824 y se suprimieron las leyes liberales. Esta circunstancia definió a los partidos contendientes: la tradición y el gradualismo de los conservadores, y las reformas y el progreso de los liberales.

En los territorios controlados política y militarmente por los conservadores, como era el caso del Estado de México, proliferaban decenas de guerrillas juaristas que hostilizaban, saqueaban y secuestraban a ciudadanos de villas y pueblos. Otros grupos armados mexiquenses, más numerosos y mejor armados, resistían en el exterior del territorio estatal: Francisco Leyva por el rumbo de Taxco, Aureliano Rivera en el Ajusco, José de la Luz Moreno en Tlaxcala y



Benito Quijano en el Bajío. Estas últimas eran las tropas más importantes porque integraban la división del Estado de México que operaba ya en Michoacán, Querétaro, Guanajuato, Jalisco o Colima. Como parte del ejército constitucionalista, la actuación de todos estaba en función de la estrategia nacional determinada por el gobierno instalado en Veracruz.

La definición de la guerra dependía del apoyo externo, diplomático y militar, que pudiera recibir cada bando, y así lo advertían las dos partes.

El gobierno juarista miró al norte, hacia su modelo de país, buscando sobre todo el reconocimiento diplomático de Washington. En ese propósito, los liberales no vacilaron en dar continuidad a las negociaciones sostenidas en enero de 1859 con el agente confidencial William M. Churchwell, quien básicamente propuso el reconocimiento norteamericano a

cambio de la soberanía sobre Baja California, el derecho de tránsito a perpetuidad entre Paso del Norte (hoy Ciudad Juárez) y Guaymas, y por el Istmo de Tehuantepec. En aquel momento de arrinconamiento militar por parte de los conservadores, los juaristas enviaron señales de estar en aptitud de aceptar todo, y así lo entendieron los norteamericanos.



Melchor Ocampo, representante juarista, puso manos a la obra y negoció con Robert Milligan McLane, ministro de los Estados Unidos en México, un tratado que fue suscrito en Veracruz el 14 de diciembre de 1859. Del tratado, conocido como McLane–Ocampo, resaltan tres artículos. De acuerdo con el primero, la República Mexicana cedía en perpetuidad a los Estados Unidos y a sus conciudadanos el derecho de tránsito por el Istmo de Tehuantepec, de uno a otro mar, por cualquier camino existente o que pudiera existir en el futuro; de igual modo, cedía a perpetuidad el derecho de tránsito a través de otras poblaciones del norte. En el quinto artículo, México aceptaba el compromiso de emplear fuerzas militares para dar seguridad a personas y bienes que pasaran

por las citadas rutas, pero en caso contrario, concedía al gobierno norteamericano usar sus fuerzas militares, previo consentimiento o petición del mexicano, y que se retirara cuando cesara la necesidad. Según el artículo sexto, el gobierno mexicano consentía el tránsito de tropas norteamericanas, abastos militares y pertrechos de guerra por el Istmo de Tehuantepec y rutas aludidas en el tratado o en algún otro punto conveniente de la línea fronteriza de la República Mexicana y los Estados Unidos.

El tratado, aunque aceptado por el gobierno juarista, tuvo que esperar el análisis del senado norteamericano y su consecuente sanción. Ciertamente es que al final no fue ratificado, pero tuvo la virtud de ayudar a reconocer como genuino al gobierno de Juárez.

Los conservadores miraron hacia Europa y encontraron en España a un aliado de cartón. Con los iberos firmaron en París, el 29 de septiembre de 1859, el tratado Mon-Almonte, que no tenía nada de oprobioso, de inconveniente e injusto. Resaltaban básicamente dos



puntos; primero, el restablecimiento, “en toda su fuerza y vigor”, de la Convención del 12 de noviembre de 1853 relativa al pago de los créditos españoles, “como si nunca hubiera sido interrumpida”; segundo, aceptaba indemnizar a los súbditos españoles que correspondiera por daños y perjuicios ocasionados por los asesinatos acaecidos en el Estado de México, específicamente en la hacienda de San Vicente, distrito de Cuernavaca, el 18 de diciembre de 1856, tanto como los de Chiconcuac y el Mineral de San Dimas.

LOS VAIVENES MILITARES EN 1860

En los primeros días de 1860, los conservadores protestaron airadamente por el pacto McLane-Ocampo. Así, por ejemplo, las autoridades del Departamento de Toluca encabezadas por el gobernador Manuel de la Sota y Riva, el presidente del Tribunal de Justicia, J. Ignacio Boneta, y el presidente del Consejo, magistrado Trinidad Uribe, suscribieron unos documentos donde rechazaban esa “traición infame” de los liberales y prometían combatir como mexicanos “en defensa de la nacionalidad e independencia”, porque no querían “legar a sus hijos el nombre de traidores”.

La señal para indicar que los norteamericanos se inclinaban por los liberales tuvo lugar durante el sitio impuesto por mar y tierra al puerto de Veracruz, lugar donde residían los poderes que representaba Benito Juárez.

En la mañana del 6 de marzo, dos vapores —el General Miramón y el Marqués de La Habana—, que Miguel Miramón había comprado en Cuba, se instalaron en el fondeadero de Antón Lizardo al medio día y a la vista de todo mundo. Su objetivo era bloquear el puerto, desembarcar pertrechos y municiones de guerra y auxiliar en el ataque desde mar y tierra contra las defensas liberales. Sorpresivamente, a media noche, la corbeta norteamericana Saratoga, remolcada por el vapor Wave, se acercó a las naves mexicanas conservadoras.

Al lado del Saratoga estaba el Indianola, que junto con el Wave fue alquilado por Juárez en Estados Unidos. La acción interventora se sustentaba en la nota que el gobierno liberal presentó, a través de su representante, al gobierno de Washington, según la cual “aquellos buques no podían considerarse mexicanos por no haberse abanderado conforme a las leyes del país”, en consecuencia, “el gobierno de México no respondería de los perjuicios que cometiesen en alta mar o en las costas de la República, puesto que el mismo gobierno trataría de apresarlos y castigarlos con arreglo a la ley”. Más allá de intentar que las naves conservadoras se identificaran, el Saratoga llegó a provocar. Una de las naves próximas disparó de pronto un tiro con granada. Marín creyó que el disparo provenía de una lancha liberal remolcada por los vapores y contestó con los cañones del General Miramón, pero al observar que se trataba de una nave norteamericana, ordenó suspender el fuego, ya que tenía órdenes de evitar cualquier fricción con los norteamericanos. Éstos y los liberales ya habían logrado su propósito, y luego continuaron disparando impunemente contra los buques mexicanos hasta que, agobiados por el fuego, enarbolaron un lienzo blanco. Logrado el propósito, la nave norteamericana se apoderó de los vapores y aprehendió al general Tomás Marín y a sus hombres, a quienes condujo a Nueva Orleans. El cargo: piratería.

El escándalo conservador, por el acto intervencionista de los norteamericanos, contrastó con el silencio del gobierno juarista. En Toluca, el gobernador reaccionario Bruno Aguilar publicó, el 31 de marzo de 1860, un manifiesto a los ciudadanos, donde acusó al gobierno liberal de haber apelado a la traición y no a la buena lid, con recursos lícitos y con sus brazos,



para conseguir la victoria. En silencio consintió que las fuerzas navales norteamericanas se apoderaran de los buques mexicanos.

La violación de la soberanía nacional tuvo un doble efecto: obligó a Miramón a levantar violentamente el sitio al puerto de Veracruz y regresar a la Ciudad de México sin haber aniquilado al gobierno juarista ni apresado a Juárez, y alentó el reconocimiento norteamericano al mismo Juárez y a su gobierno como el legítimo.

El golpe infligido a los planes conservadores en Veracruz fue decisivo para definir el curso de la guerra. Puede afirmarse, incluso, que en el puerto se suscribió la derrota de los tacubayistas. De allí en adelante las fuerzas reaccionarias hilvanaron una secuencia de derrotas cuya lectura anunciaba el triunfo liberal. El mismo Miramón lo reconoció en una proclama: “el memorable atentado de Antón Lizardo, parece que vino a trazar una línea de demarcación entre la marcha triunfal que había llevado la revolución de Tacubaya y la marcha ascendente que desde entonces ha seguido”.

Sin recursos económicos suficientes, Miramón salió de la capital de la República hacia el Bajío el 10 de mayo. Dos objetivos perseguía: por un lado, demostrar a su camarada Félix Zuloaga, quien había tenido el atrevimiento de cesar a Miramón de sus funciones de presidente sustituto, “cómo se ganaban las presidencias”, y por otro, combatir las fuerzas del general José López Uraga que operaban en el Bajío. Pero a medida que se alejaba persiguiendo al enemigo por el sur de Jalisco, dejaba ciudades desprotegidas que caían bajo el control de los liberales. Ése fue el caso de la ciudad de Celaya, que fue atacada el 17 de mayo de 1860 por la división del Estado de México dirigida por Felipe Berriozábal. En esa batalla, luego de tres horas de intenso fuego granado, Berriozábal entró a Celaya apoderándose de 300 prisioneros entre jefes y oficiales y de una cantidad considerable de armas y pertrechos de guerra.

La victoria permitió a los liberales moverse en Guanajuato con tranquilidad y actuar como fuerza hostil a la retaguardia de Miguel Miramón, lo mismo obstaculizando el suministro de auxilio a los conservadores que inquietando a las poblaciones.

Descuidados los espacios militares conservadores, la actuación de las guerrillas liberales se intensificó. Así por ejemplo, en Amecameca, Ayapango y Juchitepec, las huestes del general Francisco Leyva, con cuartel general en Tepoztlán, imponían préstamos forzosos a los responsables del fondo del Señor del Sacromonte o intervenían los bienes de las parroquias de la región. Las del valle de Toluca ponían sus ojos en los curas de los conventos de Malinalco y Chalma, y decenas de feligreses se hallaban comprometidos o alistados en las filas federales.

Una situación de emergencia se observaba en Atlacomulco y Acambay. En esta última población las entradas de los federales al pueblo habían motivado la sublevación de los indios de la cofradía de Dongú.

El aflojamiento de los controles militares en la región dio ocasión a que Berriozábal se desprendiera, a finales de junio, de Celaya hacia Toluca, probablemente para saludar a su familia (contrajo nupcias en 1851 con la toluqueña María de la Merced Madrid). Al acercarse Berriozábal a la ciudad con una escolta de 200 hombres y seis piezas de artillería, Bruno Aguilar y su corta guarnición se retiraron a Lerma a esperar los refuerzos demandados a la ciudad de México.

El 29 de junio, como a la una de la tarde, Berriozábal entró a Toluca, pero la desocupó a las seis de la tarde, porque las fuerzas del general Francisco A. Vélez llegaron desde Lerma. Al día siguiente, Vélez ingresó a Toluca sin hallar resistencia y emprendió la persecución inmediata de Berriozábal, quien tomó el camino de Zinacantepec, rumbo a Zitácuaro o



José Clemente Orozco, *La trinchera*.



Morelia. La batida terminó hasta El Oro y Tlalpujahua, cuando Vélez, convencido de la imposibilidad de atrapar a Berriozábal, retornó a la Ciudad de México.

Berriozábal regresó con sus fuerzas a su posición en Celaya, pero fue desalojado a finales de julio, por el general Jesús Alfaro. Como resultado de la batalla, los 2,000 hombres de la división del Estado de México fueron dispersados. Sin embargo, se preparaba ya una concentración extraordinaria de fuerzas liberales en Silao, con el propósito de hacer frente a las tropas de Miramón.

El 8 de agosto, el ejército liberal reunía en Silao 9,000 hombres al mando del general Jesús González Ortega, quien estaba secundado por Ignacio Zaragoza, Manuel Doblado, Florencio Antillón y Felipe Berriozábal. La campaña de Miramón en Jalisco resultó un fracaso, por ello, sólo se aseguró de depositar el poder ejecutivo en manos del presidente de la Suprema Corte, José Ignacio Pavón, y marchó enseguida al Bajío. Desde esa región, escribió a su mujer, Concepción Lombardo: “Si el 10 no marchan sobre mí, lo haré yo el 11. Si ocurre algo nuevo te lo participaré”.

Miramón no tuvo que esperar hasta el 11, porque al amanecer del 10 de agosto los liberales lanzaron un ataque poderoso. La caballería liberal ejecutó un movimiento envolvente que, unido al ataque de frente de la infantería y al fuego incesante de la artillería, ocasionó la derrota completa del enemigo, el cual huyó abandonando su artillería, tirando sus armas y dejando todo en poder de los liberales.

La fragorosa batalla duró cerca de tres horas. Al final, Miramón estuvo a punto de ser capturado. Según la versión del general Jesús Lalane, que en aquella jornada asistió con el carácter de oficial de artillería del ejército constitucionalista, Miramón debió su salvación a la ignorancia y codicia de los guerrilleros del coronel Marroquín, quienes no lo conocían y sólo deseaban apoderarse del magnífico caballo dorado que montaba el general conservador. Lalane afirma que estando Miramón acorralado contra unas cercas de piedra, con sangre fría



abandonó el caballo, objeto de la tenaz persecución que sufría, saltó la cerca perdiendo el sombrero y escapó tranquilamente por entre las escabrosidades del rancho de Aguas Buenas. Cuando Marroquín y sus hombres se enteraron de quién era el personaje que habían tenido al alcance de las manos, se arrancaban “a puñadas” los bigotes y cabellos, desesperados por la presa que dejaron escapar por apoderarse de la cabalgadura.

Consumado el desastre conservador, González Ortega se apresuró a comunicar jubilosamente al gobierno de Juárez: “Después de un reñido combate en que ha corrido con profusión la sangre mexicana, ha sido hoy derrotado completamente don Miguel Miramón por las fuerzas de mi mando, dejando en mi poder su inmenso tren de artillería, sus armas, sus municiones, las banderas de sus cuerpos y centenares de jefes y oficiales”.

La derrota de los conservadores fue desastrosa porque acabó con la fama de caudillo invencible de Miramón, aniquiló la principal fuerza ofensiva de los reaccionarios, trajo la ocupación constitucionalista de todo el Bajío, limpió el camino hacia la Ciudad de México y anunció la victoria definitiva del partido liberal sobre las falanges tacubayistas.

Miramón regresó a la capital de la República a reorganizar su gobierno y a levantar los últimos muros de resistencia. Por su parte, Berriozábal, miembro de las fuerzas mexiquenses que intervinieron en Silao, recibió desde el puerto de Veracruz el ascenso a General de Brigada del Ejército Mexicano firmado por Juárez.

El ataque a la Ciudad de México aparecía como un movimiento inminente; en consecuencia, el gobierno conservador empezó a concentrar tropas. El 26 de agosto, entró la división compuesta por las brigadas de los generales Tomás Moreno y Gutiérrez con 3,000 hombres y 18 piezas, así como fuerzas de Tulancingo y muchas familias. El 28, penetró la tropa de Bruno Aguilar, gobernador y comandante general del departamento de Toluca, acompañado de la guarnición del lugar y de familias temerosas de la ira liberal.

La suposición era fallida porque al no querer exponer la espalda a las balas de los conservadores situados en Guadalajara, los estrategas liberales planearon marchar primero hacia esa ciudad con el objetivo de aniquilar el ejército mandado por el general Severo del Castillo. Sólo había un problema: los liberales carecían de dinero para mover un ejército que rebasaba ya los 10,000 hombres. En tales aprietos, el general en jefe del ejército constitucionalista, Santos Degollado, autorizó que las fuerzas republicanas se apoderaran de una conducta de caudales perteneciente en su mayor parte a extranjeros, que marchaban de San Luis a Tampico e importaban la suma de 1 127,414 pesos.

La incautación efectuada con argumentos patrióticos y fines poderosos se realizó bajo la responsabilidad de Degollado. Cuando los comerciantes dueños del dinero se enteraron de la confiscación, corrieron a pedir a sus respectivos cónsules que pasaran a San Luis a exigir la devolución del capital. Degollado cedió únicamente ante el cónsul inglés, a quien le devolvió 400,000 pesos, suma que correspondía a sus representados.

Con el dinero en la mano, a principios de septiembre, González Ortega empezó a mover el pesado ejército del Norte hacia Guadalajara. En Querétaro dejó al general Berriozábal al mando de la División del Estado de México, y al general Benito Quijano con un cuerpo de observación de cerca de 4,000 hombres, seis piezas de batalla y ocho de montaña.

El territorio de la entidad quedó desguarnecido. Las tropas de Bruno Aguilar permanecían en la capital del país. En tal contexto, Berriozábal, titulándose Gobernador Constitucional del Estado de México y General en Jefe de la División del mismo, expidió el 12 de septiembre, en Querétaro, algunas disposiciones: autorizó a los habitantes de la entidad a resistir por la



fuerza a cualquier partida que, sin su autorización expresa, se presentara a exigir armas, dinero, caballos u otros objetos; calificó como gavillas de salteadores a las partidas que actuaran sin su patente y los señaló sujetos de la justicia militar y de la última pena; prescribió que se juzgaría y castigaría como cómplice a la autoridad que tolerara u omitiera la persecución de tales gavillas, y autorizó a los hacendados, y en general a todos los habitantes del Estado de México, a procurarse y conservar armas que no fueran de munición, a fin de cumplir con lo dispuesto.

Paralelamente, el coronel Aureliano Rivera, jefe de las fuerzas liberales del Distrito Federal y Valle de México con asiento en el Monte de las Cruces y el Ajusco, ordenó a su subalterno Ignacio Ferreyra ocupar la plaza de Toluca. Cumplida la orden el 18 de septiembre, Ferreyra emitió una proclama en la cual anunció el triunfo de las armas liberales por todo el país y declaraba hacer efectivas las garantías individuales y la paz pública en toda la República. Esperanzado, manifestaba:

Yo espero que apoyada en el buen sentido de las autoridades subalternas y en el vuestro, contribuirá muy eficazmente al triunfo completo de la causa nacional. Por lo que a mí toca, no vacilaré en hacer aun el sacrificio de mi vida para cumplir la misión que se me ha encargado; procuraré marchar por el sendero de la justicia y auxiliado con vuestras luces y patriotismo, confío que disfrutaréis el bienestar y la tranquilidad de que tanto necesita nuestra amada patria. ¡Viva la Libertad! ¡Viva la Independencia! ¡Viva la Constitución de 1857!

Al día siguiente Ferreyra, usando las facultades con que se hallaba investido por el coronel Rivera, dispuso el restablecimiento del orden constitucional según lo estaba en abril de 1859; es decir, antes de la ocupación de Toluca por las fuerzas que acaudillaba Amado Guadarrama. Asimismo, pidió que se nombrara a una autoridad política, entretanto llegaba el gobernador Berriozábal.

La ausencia de la autoridad conservadora animó a los mexiquenses a mostrarse políticamente. Así, el 17 de septiembre, el cura de Jalatlaco informó alarmado al Arzobispo de México de un pronunciamiento ocurrido en su parroquia. De acuerdo con su versión, entre repiques y cohetones, escuchó claramente los gritos de “muera la religión” y “muera el cura y el vicario”.

La ocupación liberal de la ciudad de Toluca fue momentánea. Cuando Bruno Aguilar retornó a ella con 600 hombres, Ignacio Ferreyra la desalojó. Al encontrarse ambas fuerzas en la Hacienda de Jajalpa, tuvieron una escaramuza de la que salió derrotado Ferreyra; sin embargo, Aguilar ya manifestaba públicamente que el país se estaba desplomando, y con esto quedaba amenazada la nacionalidad, se atacaban las creencias religiosas y se extinguía la moralidad. En ese orden, en los primeros días de octubre de 1860, pidió a los toluqueños dar un paso para salvarse del abismo de males y hacer un poderoso esfuerzo para vencer al enemigo común.

El movimiento liberal que caminaba hacia Guadalajara sorprendió a los conservadores. De inmediato y con resolución, Miguel Miramón incautó fondos económicos a los ingleses y en la primera semana de octubre despachó de México auxilios bélicos al mando del general Leonardo Márquez, el “Tigre de Tacubaya”. Un poco más tarde, salió la División de Caballería al mando del general Tomás Mejía.

Al llegar las tropas restauradoras de garantías a San Juan del Río, la División del Estado de México estacionada en Querétaro se replegó a Silao, luego a León, Lagos, Tepatlán, Zapotlanejo y, finalmente, fue colocada el 28 de octubre para defender el puente de Toluclán.



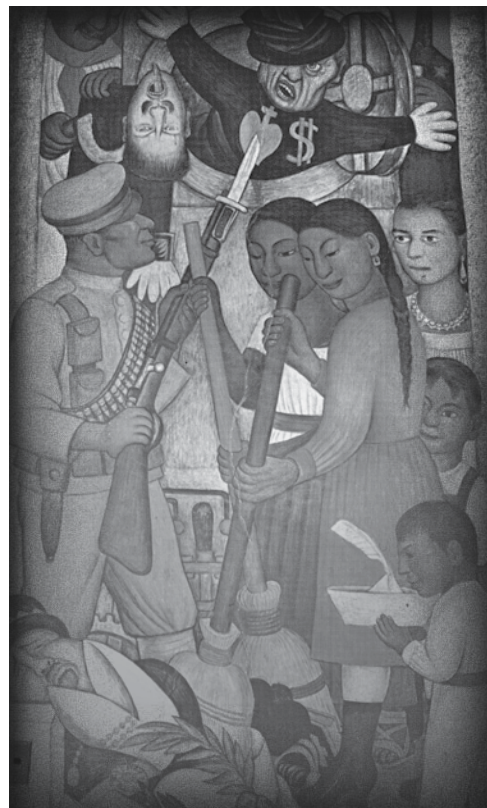
La retirada metódica que efectuaba Berriozábal tenía varios objetivos, entre ellos el de ofrecer resistencia a Leonardo Márquez y evitar así un posible ataque desde la retaguardia a las fuerzas constitucionalistas, impedir el envío de armas, municiones y alimentos a los sitiados, y obstruir la comunicación proveniente de la Ciudad de México. González Ortega, mientras tanto, intensificaba el sitio sobre la plaza de Guadalajara, pero sin lograr la rendición del general Severo del Castillo. En la ciudad, los conservadores sufrían con la falta de noticias del exterior debido al estricto control que se ejercía sobre ella. No obstante, los refuerzos traídos por Márquez estaban por llegar. Los arriesgados planes liberales podían arruinarse e incluso podían revertirse, y su ejército estaba en riesgo de quedar entre dos fuegos.

Ante la situación de emergencia, al amanecer del 29 de octubre el general González Ortega ordenó romper fuego sobre las huestes de Severo del Castillo. El combate fue fragoroso y feroz. Todo el día y entrada la noche, los contendientes pelearon con valor. Agotadas ambas fuerzas, a media noche los jefes militares suscribieron un armisticio, según el cual ambos ejércitos debían retirarse a 12 leguas de la plaza por rumbos opuestos: Del Castillo al poniente y González Ortega al oriente, por el término de quince días, lapso en el cual se celebraría un arreglo definitivo.

Tal vez en el momento en que los comisionados del general Del Castillo estampaban su firma, Leonardo Márquez y sus 3,500 hombres arribaban a Zapotlanejo y sus avanzadas se ubicaban en el puente de Tololotlán, justo frente a las posiciones liberales sostenidas por las tropas del Estado de México. Pese a ello, los soldados de Del Castillo, aunque permanecían en Guadalajara, se abstendrían de combatir, y las fuerzas constitucionalistas, compuestas por aproximadamente 14,000 combatientes, ejecutaban un doble movimiento: uno para ocupar Guadalajara y otro para envolver al “Tigre de Tacubaya”.

Márquez tuvo conocimiento del desastre hasta el 1 de noviembre, cuando advirtió sobresaltado la persecución que se hacía para atraparlo y aniquilar a su ejército. De inmediato reviró con sus fuerzas hacia el pueblo de Tepatlán. La reacción fue tardía, pues Berriozábal estaba sobre él con la 1ª y 2ª brigadas de la División del Estado de México, movilizadas por orden del general en jefe, Ignacio Zaragoza.

Cerca de la tarde, Berriozábal encontró a los señores Luis G. Cuevas y Sánchez Facio, enviados por Márquez, con la comisión de negociar con el general Zaragoza los términos de un armisticio. Éste se negó rotundamente y ordenó que las fuerzas constitucionalistas continuaran avanzando. Ante la amenaza de caer prisionero, Márquez emprendió la huida y abandonó su ejército. Ese día, ciento cincuenta jefes y oficiales y 3,000 hombres cayeron sin combatir, amén de 40 piezas de artillería, trenes,



Diego Rivera, *El Ejército y el Pueblo contra el Clero*, 1923-1928.



armamento y demás pertrechos abandonados por Castillo en Guadalajara. Ya en noviembre, desde Jalisco estaba listo y preparado el ejército constitucionalista para marchar hacia la Ciudad de México.

Mientras se efectuaban los preparativos para la marcha triunfal, el general Berriozábal se adelantó con la División del Estado de México para recuperar el control del gobierno estatal y el espacio territorial. El 19 de noviembre entró a Querétaro y el 22, con dos brigadas de su división y 14 piezas de artillería, se dirigió a Toluca.

El 28 de noviembre de 1860, Berriozábal decretó en Toluca, como gobernador interino, la observancia de las leyes que regían en enero de 1858 y las posteriores que emanaran del régimen constitucional. Consecuentemente, en los primeros días de diciembre publicó y ordenó hacer efectivas las leyes de Reforma.

Parecía que la tranquilidad regresaba a la entidad. Sin embargo, el 4 de diciembre, Miramón salió sigilosamente de la Ciudad de México con rumbo a Toluca. El plan de guerra consistía en batir al enemigo en fracciones dado que Miramón sólo contaba con unos 6,000 hombres, mientras las fuerzas liberales que se acercaban a la capital del país rebasaban los 16,000 efectivos, y Miramón no quería quedarse encerrado en la Ciudad de México.

Todavía era de madrugada cuando tomó el camino del Mayorazgo (Otzolotepec), con la idea de sorprender a la primera avanzada constitucionalista. Para ese propósito, hizo que su descubierta de exploradores se vistiera con el mismo uniforme usado por algunas fuerzas liberales. El ardid rindió frutos y una compañía fue hecha prisionera. Inmediatamente, las tropas conservadoras se internaron en la ciudad de Toluca. De esta manera, Berriozábal no sabía nada del movimiento efectuado contra él. La primera noticia que tuvo se generó a las doce del 9 de diciembre, cuando advirtió la presencia del general Miguel Negrete, quien al frente de su división penetró en la plaza de armas.

La sorpresa fue mayúscula. Negrete se apoderó de la artillería y de la caballería sin disparar un solo tiro. Berriozábal, sus jefes y oficiales intentaron ofrecer resistencia parapetándose en las alturas de los conventos de San Francisco y el Carmen. Todo fue inútil, porque agotadas las escasas municiones, al fin tuvieron que rendirse. En San Francisco fue aprehendido Berriozábal junto con 36 jefes y oficiales y 401 hombres, y en el Carmen todo el batallón Reforma y la oficialidad. Además, los conservadores obtuvieron un valioso botín de guerra: artillería, armamento, carros con municiones y vestuario.

Los prisioneros eran gente importante: el gobernador del Estado de México, el general Santos Degollado, quien, depuesto (19 de octubre) del cargo de general en jefe del Ejército Constitucionalista por Juárez, se hallaba cobijado por Berriozábal, el general Juan Govantes, los coroneles Benito Gómez Farías y Ventura Paz, los tenientes coroneles José Juárez y Luis Legorreta, los comandantes de batallón y los de escuadrones Jesús Salce, Julio Cervantes, Vicente Lebrija y Carlos Morales, quince capitanes, un segundo ayudante, cinco tenientes, siete subtenientes, dos alférez y 1, 319 soldados.

Desaparecidas las autoridades liberales, Miramón restableció a las conservadoras en el gobierno del Estado de México y para el día en que los mexicanos honraban a la Virgen del Tepeyac, entró victorioso a la Ciudad de México. Sus notables prisioneros fueron encerrados en Palacio Nacional.



CALPULALPAN

A lo largo de diciembre, el general González Ortega movió de Guadalajara a Querétaro su poderoso ejército. Reunidas las fuerzas de los estados de Zacatecas, San Luis Potosí, Michoacán, Guanajuato y Jalisco, sumaban ya casi 20,000 hombres. Además, el ejército de Oriente se desplazaba desde Pachuca para agregarse al de González Ortega.

Para el 20 de diciembre, las avanzadas constitucionalistas penetraron el Estado de México y acamparon en la hacienda de Arroyo Zarco. El lugar era excelente porque abundaban el agua, la comida y el forraje para el extraordinario número de hombres. Allí, González Ortega se dio a la tarea de reunir y organizar la mayor cantidad de fuerzas constitucionalistas.

Para la batalla, los cuerpos principales se situaron en la hacienda de Calpulalpan y en el pueblo de San Miguel Mandó, pertenecientes a Jilotepec. Se contaba con soldados de la talla de Ignacio Zaragoza, Leandro Valle, Nicolás Régules, Florencio Antillón, Benito Quijano Coscaya y Francisco Alatorre.

Según el plan tacubayista, Miramón no podía admitir tal concentración militar, y ante la eventualidad, salió a su encuentro con 6,000 hombres y sus ilustres generales Leonardo Márquez, Francisco A. Vélez, Miguel Negrete, Antonio Ayestarán, Marcelino Cobos y con 30 piezas de artillería. La idea era batir al enemigo en detalle.

En el campo constitucionalista, González Ortega dispuso que las divisiones de Mena y Antillón ocuparan las posiciones avanzadas a fin de esperar a Miramón. Ese día —20 de diciembre— escribió González Ortega a Juárez: “Si Miramón continúa, mañana tendremos el encuentro decisivo, y sólo que retroceda hasta México se demorará el resultado de la lucha pendiente”.

Miramón no retrocedió y la mañana del sábado 22 de diciembre apareció por los terrenos de Soyaniquilpan. El campo principal de batalla se situó en San José Deguedó y otros secundarios en la hacienda de la Goleta, el rancho los Miranda y los cerros de las Cruces, las Brujas, el Colorado y las Campanas. En San Miguel Mandó, estaban listos casi 20,000 soldados constitucionalistas y frente a ellos, cerca de 6,000 tacubayistas. La desigualdad de fuerzas era ostensible: más de tres liberales por cada conservador.

No obstante, la desproporción entre los bandos contendientes, la batalla final empezó a las ocho de la mañana. A esa hora, Miramón ordenó el ataque de su infantería contra la línea enemiga formada por las divisiones de Zacatecas, Morelia, Guanajuato, San Luis y Guadalajara, y cuando lo consideró oportuno lanzó una carga de caballería de mil hombres al mando de su hermano, Mariano Miramón, con el fin de introducir el desorden en el campo liberal y decidir la acción.

El general liberal Pedro Ampudia, que marchaba conduciendo el ejército de Oriente de Pachuca a Tula, escribió sobre la batalla: “Al llegar al pueblo de Tetepango se oían detonaciones por algunos puntos y se divisaban columnas de humo hacia el sitio en que se calculaba que debería librarse un gran combate”.

La carga de caballería dirigida por Mariano Miramón fue recibida por un nutrido fuego de artillería. Al ataque, las bajas sucedían allá y acá. Luego, intimidada por el tamaño del ejército liberal y el poder de fuego, una parte de la caballería se pasó al campo constitucionalista y el resto, llena de pánico, volvió grupas en desorden.

Eso fue todo. El desconcierto sobrevino y las líneas tacubayistas se rompieron. La consigna fue “sálvese quien pueda”. A las diez de la mañana todo estaba decidido. El fuego cesó y



enormes polvaredas comenzaron a notarse. Un ojo experto sabía que aquello marcaba la huella de los dispersos después de la batalla.

El general Ampudia, ajeno a la batalla, casi llegaba a Tula. De pronto, aparecieron cerca de 200 hombres a caballo que se precipitaron sobre los soldados que marchaban a la vanguardia de su división. Formaban la escolta de Miguel Miramón que protegía la huida de Marcelino Cobos, Francisco A. Vélez y otros jefes hacia la Ciudad de México.

Ese mismo día y desde la hacienda de San Francisco, situada en Nopala, el general González Ortega envió a Benito Juárez el parte oficial de la victoria, que finalizaba señalando que con el triunfo era ya indudable que estaba conseguida la paz en la república.

En compañía de Márquez y otros oficiales, Miramón entró a la Ciudad de México a las dos de la madrugada del día siguiente. Esa noche dijo secamente a su esposa Concha: “Todo se ha perdido; mañana te lo contaré todo. Por ahora necesito dormir”.

Para el 24 de diciembre, González Ortega acampaba en Tlalnepantla. Desde allí, requirió a las autoridades y militares conservadores la rendición de la Ciudad de México a fin de evitar el derramamiento de sangre. Si a las doce de la noche de esa fecha no había algún acuerdo, los constitucionalistas desplegarían operaciones militares sin aceptar la responsabilidad por los perjuicios que sufrieran los habitantes de la capital.

Luego de complicaciones con el cuerpo diplomático, Miramón delegó finalmente en las autoridades municipales de la capital del país la facultad de nombrar una persona que se hiciese cargo del gobierno de la ciudad, en tanto entraban las tropas constitucionalistas. El puesto fue confiado a Felipe Berriozábal, quien de ese modo tuvo que ser sacado de su prisión en Palacio Nacional. Hecho del cargo, a la cabeza de una patrulla de paisanos a caballo, recorrió la ciudad para cuidar el orden. Esa misma noche salieron de México Miguel Miramón, Leonardo Márquez y Félix Zuloaga con una fuerza de 1,500 hombres que los abandonó poco después.

Para perseguir a los fugados fue comisionado el jefe Nicolás Romero con una corta partida. En Río Hondo consiguió quitarle al enemigo un obús y una pieza de montaña. Hirió a varios rivales sin sufrir pérdida alguna. La batida se suspendió allí, dado que los caballos estaban cansados y sus hombres no tenían un solo cartucho.

En Navidad, las tropas constitucionalistas empezaron a entrar victoriosas a la Ciudad de México. En medio de la algarabía y el júbilo popular, las tropas de los generales Antonio Carbajal y Aureliano Rivera lo hicieron primero con el fin de mantener el orden ciudadano y el del interior de los cuarteles. Horas más tarde, hicieron lo mismo el general González Ortega y toda la plana mayor del ejército juarista.

No obstante, la entrada triunfal oficial se realizó el 1 de enero de 1861. Poco antes de las doce del día, la columna se puso en movimiento en medio de extraordinarias demostraciones



Diego Rivera, detalle de mural ubicado en Palacio Nacional.



de alegría de una inmensa multitud. González Ortega iba con el Estado Mayor del ejército, rodeado de diversos clubes con estandartes rojos. Al pasar por el Hotel de Iturbide, González Ortega descubrió al general Santos Degollado y después de saludarlo le gritó que bajase a recibir la ovación que él sería el primero en tributarle por su fe y su constancia. Hizo lo mismo con el general Felipe Berriozábal, quien que se hallaba en el mismo edificio, pero los dos se negaban a participar de un triunfo que, según ellos, sólo merecía el vencedor de Calpulalpan. Finalmente, cedieron y se incorporaron a la celebración de la victoria.

Para el 10, Juárez ya estaba en Ayotla, donde era esperado por funcionarios y una multitud emocionada. El viernes 11 de enero de 1861 ingresó triunfalmente el presidente Benito Juárez a la capital, dando fin a tres años y 11 días de una lucha que decidió el rumbo de la nación. Con el poder que concedían las armas y la fuerza de la Constitución de 1857, el gobierno republicano estuvo en posibilidad de romper con las viejas estructuras coloniales, apremiar la modernización del país, imponer la separación del Estado y la Iglesia y exaltar lo privado e individual sobre lo corporativo. Fue, con toda seguridad, la guerra entre hermanos más atroz y encarnizada del siglo.

En un manifiesto, Juárez expresó:

¡Mexicanos! En el estruendo de las batallas proclamasteis los principios de libertad y reforma, y mejorasteis con ellos vuestro código fundamental. Fue la reforma el paladín de la democracia y el pueblo ha derramado profusamente su sangre por hacerla triunfar de todos sus enemigos. Ni la libertad, ni el orden constitucional, ni el progreso, ni la paz, ni la independencia de la nación hubieran sido posibles fuera de la reforma; y es evidente que ninguna institución mexicana ha recibido una sanción popular más solemne ni reunido más títulos por ser considerada como base de nuestro derecho público.

México se construía dolorosamente en medio de la violencia.

BIBLIOGRAFÍA

- Colín, Mario (1977), *Guía de documentos impresos del Estado de México (1835-1860)*, tomo II, México, Biblioteca Enciclopédica del Estado de México.
- Fuentes Mares, José Miramón (1974), *El hombre*, México, Joaquín Mortiz.
- Galindo y Galindo, Miguel (1987), *La gran década nacional (1857-1867)*, tomos I y II, México, INEHRM.
- Riva Palacio, Vicente (1984), *México a través de los siglos*, tomo IX, México, Cumbre.

